

Carbuero. Víctor Borreguero

Cae a plomo, busca exasperado aire y vida y escupe el carburo que le invade y ciega y angustia y envenena; el carburo invade y ciega y angustia y envenena y le hace escupir y buscar exasperado aire y vida, y a plomo cae sobre las tablas grises, polvorientas, del viejo cuarto de la panera, donde antaño él ataba cajas enrejadas a las maromas del techo, ratones, decía, no se coman el pan los ratones, en el océano inmenso de tristeza y telarañas, de tibia madera decrépita, de recuerdo feliz de chocolate, de cebada, de castañas secas, de alambre y ganchos para la caza, él se derrumba junto al enorme tonel de trigo y, fuera, tras la puerta de tablas, la huerta y el patio del rosal, luminoso y plácido, donde ella crucifica la ropa una vez más, tela blanca, húmeda, sándalo, exhala sándalo, piensa siempre ella, huele a verde, a yerba de Juan Ramón, había recordado al enfilar el camino del río esta mañana de invierno para enterrar las rodillas en el limo, los goznes chillan, piedra, rasca la piedra, amasa las sábanas roídas, las camisas de él, ya no hay manteca para el jabón, esta maldita guerra, las mujeres cantan, celebran jubilosas los bulos del mentidero, es fiesta en el pueblo, mientras ella calla, observa el agua, aterida, el cieno más abajo, a lo hondo, en lo profundo el infierno y arriba el cielo, eso dicen los que saben, los dedos muertos de pena, golpea la tabla, calla, sirve, yo sirvo y solo pido, decía, irme antes que tú, eso fue antes, antes de todo, antes de que él bebiera, antes de que la guerra nos robara el tiempo, antes de que este pueblo se fuera por el sumidero, al fin ella envuelve en un hatillo la colada subiendo mansamente el sendero a casa, hacia el sur, enjuga el sudor con la manga de lana y entra en el patio, deja el mimbre en el suelo de ceniza, con cuidado arrastra las albarcas, mira con nostalgia las rosas, la luz cegadora sobre las flores, abejas, abejas zumbantes, un caracol rendido bajo el ejército de hormigas, ella muerde ahora las pinzas de la ropa, cesta a la cintura, escupe una a una cada horquilla, frunce el ceño al sol invernal y con sus manos gruesas y encallecidas ata los trapos al cáñamo mientras sueña y teme, no quedan lágrimas, madre, ni siquiera cuando él vuelve cada noche de esta feria de diciembre, el pueblo bulle, forasteros desafiantes traen ganado desde cientos de leguas a pesar de esta guerra, y él, que llega ebrio, suda vino amargo, solo dos chatos, el alboroque, dice, el alboroque y solo apuntado, eh, porque he vendido los machos, treinta rubias por el berrendo y veinte por el tuerto, perdió el ojo con el humo de la siega, la alfalfa dijo el boyero, pero a mí no me la dan con queso, otros no daban un real pero tú no sabes de qué hablo, cincuenta rubias para comprar pan, el pan que solo voy a comer yo, qué vas a saber tú si no sabes ni tener hijos, estás muerta, ni sembrar puedes, ni subir al carro las barricas de trigo ni rodar las tinas, la puerca que te parió, y entonces vuela el tamiz de cobre, golpea la cabeza de ella, él, que apesta a moscatel y vino rancio y que una mañana caerá a plomo en la soledad marchita del cuarto de la panera junto al patio, y ella no responde, se agazapa medrosa en el suelo tras las portillas de la estufa, un ovillo, madre, buena en los estudios, para qué, decía su padre, el lañador, para qué estudiar, nadie te va a querer, para vestir santos te quedarás, pero era lista, decía aquella monja, más lista que el hambre, y he aquí que otra tarde ella musitaba rosamística, torrededavid, torredemarfíl, casadeoro, arcadelaalianza, puertadelcielo demasiado deprisa, interrumpe él, inútil, ni siquiera vales para rezar el rosario, para mandar un coro de viejas, tonta, como tu madre, como el cabestro de tu padre, pero a ella, silente, se le da bien estudiar, la química, o eso decían, y guardaba en el arcón del desván, entre los harapos, las pesetas de la república que ahorró su padre dándole al puchero y a la lata y a mucha honra, pero son malos tiempos, la maldita guerra, ya no valen esas rubias en muchos sitios, alguien le dijo Moya, librería Moya, calle Carretas de Madrid, pero la ciudad caerá tarde o temprano y nunca se sabe, el boticario va a veces, de pascuas a ramos y podría traer los libros en uno o dos días, pero quizá no, el talabartero también, a cambio de un cuartillo de vino, qué pretendes, inquires, química, libros de química, los que puedas traer de matute sin que él lo advierta, quíá, para qué gastar en letras y no en garbanzos, tú tráelos y chitón, y aquellas noches interminables bajo la luz del carburo, se escribe Curie y se dice quígí, y el viejo matraz del colegio y los libros, los viejos libros, el carburo de los candiles en el cuarto angosto donde solo había gatos hasta que los devoró la guerra, no es más que carbono y calcio, acetileno, muy inestable, difícil con estos dedos y los ojos tumefactos por las palizas, puede inflamarse, y añade el ricino de la huerta, ricina, aglutinina, las jeringuillas de los bueyes, y esta luminosa mañana de invierno ella, tras ahorcar las camisas al sol, abre temerosa la puerta del cuarto de la panera mientras él cae a plomo y escupe el alma, media hogaza de pan entre los brazos, ella cierra los ojos, susurra ahora en voz queda ruegapornosotros, saluddelosenfermos, refugiodelosespecadores, consuelodelosaflijidos, auxiliodeloscristianos, quizá deseas que vaya más despacio, miro de nuevo tu cara desconcertada en el suelo y veo migas, migas en tiempo de carburo y miedo, ruega, ruegapornosotros mientras el tonel de trigo llora por fanegas desde que empezó la guerra, poco a poco, hasta quedar completamente vacío.